alcanzar algún día la Verdad, la Belleza, la Bondad, la Justicia perfectas. Por eso Pestalozzi, a fuer de hábil pedagogo, quería que el edificio de la educación se apoyase "en la roca eterna que Dios mismo ha designado como fundamento de la regeneración de la especie humana."

"La ciencia sin religión, decía el autor del *Espíritu de las leyes*, sólo da ingenio, finura, astucia; pero esto duplica la potencia del hombre para el mál, si se le da una falsa dirección... No es la aritmética, no es el álgebra, no es la sintaxis, no es el dibujo, ni la geografía, ni la historia los que dan la moral; estos conocimientos adornan y enriquecen el entendimiento y la memoria, pero no pasan de ahí. Sólo la religión es el código regulador de la vida; sólo ella vuelve a los hombres prácticamente morales, haciéndolos mejores."

Volviendo, pues, a la sonada frase de arriba: "*abrid una escuela, y cerraréis una cárcel*," hay que convenir en que alla tiene que ser relativa, y en que se impone reemplazarla por esta otra: "*la educación será cristiana, o no existirá.*"

FRANCISCO M. RENJIFO

SANTA TERESA

(CON MOTIVO DEL CUARTO CENTENARIO DE SU NACIMIENTO)

El distinguido escritor y filósofo francés, Ernesto Hello, autor de magistrales obras, como *El hombre* y *Fisonomías de santos*, dice en esta última, en un hermoso estudio sobre la santa española, cuyo cuarto centenario celebra en este mes el mundo entero, estas palabras que nos han llenado de extrañeza: "La simplicidad es carácter del genio, no del ingenio; y San Agustín y Santa Teresa fueron eminentemente ingeniosos."

Si el juicio anterior lo hubiéramos encontrado en libro escrito por un librepensador, lo habríamos creído sencillamente falso, pero consignado por escritor católico, de la talla de Hello, sorprende y desagrada. Negarles a San Agustín y a Santa Teresa las facultades del genio, equivale casi *tanto* como a no considerarlos como santos. Podría aún asegurarse que, si la Iglesia no los hubiera elevado a los altares y declarado su canonización, serían más prodigiosos los hechos que llevaron a cabo y las obras que salieron de su pluma. Si humanamente hablando, el genio, es decir, el creador, el inventor, el de facultades poderosas que exceden a las de la comunidad, es un inspirado que se acerca más que todos a la divinidad, ¿qué se podría decir de los que sobresalieron como grandes pensadores, fueron los primeros escritores de su tiempo, han seguido siendo considerados a la par de los pocos que el mundo ha calificado como eximios en todas las épocas, y han sido dotados de la perfección de la santidad?

Concretándonos por ahora a Santa Teresa, es innegable que en su siglo fue considerada como un prodigio, no sólo por el común de las gentes, sino por los santos y doctores de su tiempo. El mismo Hello reconoce que San Pedro de Alcántara juzgó y decidió que las luces de Santa Teresa eran luces divinas, y que Luis Beltrán, Juan de Avila y Luis de Granada (1), fueron de igual sentir, y después de cuatro siglos los católicos, los protestantes y los racionalistas consideran a la autora de los *Siete castillos del alma*, como el primer escritor de su sexo en todos los siglos y como el primer psicólogo de la humanidad. Fray Luis de León decía que la doctrina de la Santa es *la más alta y más generosa filosofía que jamás los hombres imaginaron*, y don Juan Valera, que cita estos conceptos, y que hace gala de su incredulidad, declara ante la Academia española de la lengua, "que toda mujer, que en las naciones de Europa, desde que son cultas y cristianas, ha escrito, cede la palma, y aun queda inmensamente por lo bajo, comparada a Santa Teresa." Y este insigne humanista, que

(1) Debe ser Luis de León.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

no la juzga sino desde el punto de vista de un hombre de "nuestro tiempo," como él dice, reconoce que "no hay psicólogo escocés que la venza o la supere."

Fitz Maurice Kelly, escritor inglés, en su historia de *La Literatura española*, al hablar de la santa doctora, declara que Teresa no es solamente una santa gloriosa y una brillante figura en los anales del pensamiento religioso, sino también un milagro *de genio*, y quizá la mujer más grande de cuantas han manejado la pluma, la única de su sexo que puede colocarse al lado de los más insignes maestros del mundo. "Macaulay, agrega, ha hecho notar en su ensayo famoso que el protestantismo no ha ganado una pulgada de terreno desde mediados del siglo XVI. San Ignacio de Loyola y Santa Teresa son el alma y el cerebro de la reacción católica: el primero es un gran jefe de partido, la última pertenece a la humanidad." (1)

Si el mismo Fitz Maurice Kelly encomia la profunda intuición espiritual de la santa, y Durtal, notable literato francés, reconoce que ella ha explorado, más que ningún otro, las regiones desconocidas del alma, ¿cómo negarle que era un genio que no desmerece el paralelo con los más notables que ha producido la humanidad?

Por qué si a Shakespeare y a Cervantes, con quien la compara Froude, crítico racionalista inglés, ningunoles disputa su primacía en la jerarquía de los genios, porque conocieron íntimamente el corazón humano, pintaron con maestría sus pasiones y fingieron personajes que han seguido confundidos con los reales, ¿por qué a Santa Teresa, en donde se combinaban la conocedora más íntima del alma, con la escritora más eminente de su siglo, y que puede figurar al lado de los más ilustres autores españoles de todos los tiempos, se le disputa su puesto entre los verdaderos genios humanos?

Sin ser un genio no pudo una mujer, que no había hecho estudios serios en nada, haber llegado a ser un filósofo, un teólogo y un psicólogo sublime, admirado por Lebinitz, preconizado por los escritores que se han ocupado en ella como clásico y maestro de la lengua castellana.

(1) Traducción de Bonilla de San Martín.

Los que creemos en las iluminaciones de Santa Tereza durante sus conversaciones con Dios, y reconocemos en sus obras la inspiración divina; los que admiramos a la gran reformadora de los conventos del Carmen, como mujer de un sentido práctico exquisito, comparable sólo al de un grande hombre de Estado; los que vemos en sus obras, a pesar de sus visiones sobrenaturales, el gran equilibrio de sus facultades, y creemos en sus milagros, y desde niños nos hemos arrodillado ante sus imágenes, la hemos invocado en nuestras penas, la hemos venerado en los altares, y nos hemos embriagado con el perfume de su amor a Dios, el más intenso tal vez que corazón humano haya sentido, no necesitamos de que escritores europeos, librepensadores y protestantes, nos digan que fue una mujer sublime; pero los que no la consideren como el genio de la santidad y le disputen profanamente sus derechos a figurar como uno de los espíritus de selección de los que la historia ha considerado como genios, sí verán en las citas que hemos hecho, cómo los grandes hombres de todas las épocas, durante cuatrocientos años, la han considerado una mujer superior a todas las demás de su sexo y digna de figurar entre los hombres más esclarecidos de edades anteriores.

No nos parece fuéra de lugar, como muestra de la profunda veneración que había en su tiempo por la santa, la que se ha conservado sin interrupción en cuatrocientos años, insertar aquí la hermosa página que el padre Coloma le dedica en su preciosa obra *Jeromín*, para nosotros la mejor, la más interesante y la de más alcance, del ilustre jesuíta:

"Retrocedamos, pues, al año de 1569, y en una hermosa tarde de junio, veremos entrar pausadamente en Pastrana, una carreta herméticamente cerrada al modo

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

de las que todavía hoy llaman galeras. Despertaba la curiosidad el misterioso vehículo y rodeábanle infinidad de chiquillos, mujeres y hombres del pueblo, cuando llegó y traspasó los umbrales del palacio ducal de Pastrana, cuyas pesadas puertas se cerraron detrás, dejando fuéra a los curiosos. Esperaban en el primer patio el príncipe Ruy Gómez de Silva, la princesa de Evoli su mujer, con todos sus hijos, aun los más pequeñitos, en brazos éstos de niñeras y nodrizas, y las dueñas, doncellas, pajes y toda clase de servidores, enfilados según su rango. Fijábanse todas las miradas en el cerrado carro con ansiosa curiosidad, mezclada de respeto, y empinábanse sobre las puntas de los pies para ver mejor, los que estaban en segunda fila. Descorriéronse al fin los toldos que cerraban el carro: Ruy Gómez y su mujer adelantáronse respetuosamente, alargaron todos las cabezas en silencio, y una dueña viejísima, que lo había sido de la condesa de Mélito, madre de la princesa, púsose de rodillas y comenzó a golpearse el pecho... Apeábanse tres extrañas figuras de mujer, de las que por aquel tiempo no se veían nunca por las calles ni plazas; vestían túnica de sayal oscuro, capas blancas de lo mismo y calzaban sus pies desnudos alpargatas de esparto: espesos y largos velos negros les cubrían el rostro y casi todo el cuerpo, y traía bajo la capa, la que se apeó la última, un hatillo, menos que mediano, envuelto en un lienzo.

"Estaban, sin embargo, muy justificadas todas aquellas pruebas de curiosidad y de respeto: porque aquella mujer vestida de sayal que se apeó la primera del carro, era Santa Teresa de Jesús, que venía a fundar el convento de carmelitas descalzas de Pastrana. No hacía aún dos años que se hallaba Ruy Gómez en posesión de su ducado, y dábase prisa en introducir mejoras que aliviasen la condición moral y material de sus vasallos. Quiso Ruy Gómez fundar en su villa un convento de frailes, y antojósele a la princesa fundar ella otro de monjas, y encargar de ello a Santa Teresa,

atraída por los prodigios que de ella se contaban, y llena de curiosidad y halagada su vanidad por tratar y ver de cerca aquella mujer extraordinaria, que conversaba familiarmente con Dios, y se hacían ante ella maravillas tan estupendas. Aceptó la santa, que comenzaba a la sazón su portentosa obra de reforma, y trasladóse a este propósito de Toledo a Pastrana, pasando por Madrid."

Queremos terminar este estudio con el concepto de una de las mujeres más inteligentes que dio Francia en el siglo pasado, racionalista, que estudió a la escritora e insigne organizadora, prescindiendo de su santidad.

Arvede Barine termina así su notable estudio sobre la *Psicología de una santa*, publicado en la *Revista de Ambos Mundos*:

"Vedla envejecida, gastada, moribunda. ¿Qué resta de la encantadora Teresa de Ahumada? Al exterior, nada: una mujercita arrugada, baldada de un brazo, enferma del corazón, medio paralizada, febricitante, adolorida, lastimera, sin que se adivinen ya en sus negros ojos sino sus triunfos pasados. En el interior todo: una criatura viva, amable, exquisita, de corazón de fuego, que si no hubiera sido una santa, habría sido Dionisia, la Julieta española, más feliz, pero más impetuosa aún que su hermana italiana, y al mismo tiempo una mujer de genio, de ideas graves y elevadas, de una dignidad incomparable."

"La religiosa, desigual e inquieta, de los primeros años, había llegado a ser una de las grandes figuras del mundo católico. Su conjunto constituía un sér perfectamente noble, salvado de la singularidad, el gran escollo de las naturalezas de excepción, por el más perfecto buen sentido que haya habitado en cerebro humano..."

Si Santa Teresa no hubiera dejado más creación que la de la *Carmelita*, su creación propia, ésta habría sido suficiente para que los siglos pregonaran la excelencia

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

de sus facultades intelectuales y la Iglesia le rindiera culto como Santa y Doctora:

"Todas las noches, dice la misma Arvede Barine, de las diez a las once, en la extensión inmensa del mundo cristiano, la carmelita eleva a Dios su oración. No reza por ella, porque sabe muy bien que sólo le pertenecen las contusiones de su espalda y los desfallecimientos de su estómago. La priora acaba de decirle, como lo hace todas las noches, que la carmelita, ocupada en asuntos que le atañen personalmente, es una carmelita indigna de llevar ese nombre; sólo ha venido al convento en socorro de las almas de otros y no de la suya. Se le ha dicho también que a esa hora es cuando el mál se prepara en el mundo, y como ha entrado al claustro, joven e ignorante, las palabras que oye le hacen soñar en misterios desconocidos y temibles. Cuando está orando le parece ver que el poderoso ejército del mál va invadiendo silenciosamente la tierra oscurecida; que la multitud va creciendo, y cuando ya va a cubrir el mundo, se presenta en su camino un grupo prosternado: son pobres niñas vestidas de sayal, ante quienes retrocede la sombra armada, y a quienes multitud de personas vienen a deber su salvación, que, de otro modo, se hubieran condenado. La carmelita lleva a su celda la visión de su victoria, y se adormece llena de felicidad. Ella debe este magnífico rayo de poesía a Santa Teresa, que ha creído pagarle todos sus sacrificios con la esperanza de su expiación por otros.

"La esperanza, ha dicho San Basilio, es el sueño de un hombre que vela; y la esperanza que la pobre mujercita ha legado al Carmelo, es un sueño sublime."

JUAN A. ZULETA

Bogotá, octubre de 1915

Universidad del Rosario | Archivo Histórico